

tado, prefiriendo la curacion de los cuerpos á la salud de las almas, y deteniéndose á mirar objetos, cuyo nombre ni siquiera deben pronunciar. Admirará sin duda que el concilio no prohiba sino á los religiosos profanos ser abogados y médicos, y que lo permita de un modo tácito á los clérigos seculares; pero las razones en que funda la prohibicion prueban claramente que toleraba un mal en cierto modo necesario por la dificultad de encontrar fuera del órden clerical el conocimiento de las letras que exigen estas profesiones. Por el cánón doce se prohíben, bajo la pena de privacion de sepultura eclesiástica, las fiestas en que los caballeros hacian prueba de su fuerza y destreza; esto es, los torneos en que ponen en peligro la vida del cuerpo y la del alma; pero esta prohibicion no logró extinguir ese abuso, pues subsistió por espacio de cuatro siglos.

En 25 de octubre, el hijo segundo de Luis el Gordo, llamado tambien Luis, de unos diez años de edad, fué consagrado por el Papa. Por la mañana muy temprano salió Inocencio del palacio arzobispal donde estaba alojado, y seguido de su comitiva y de todos los Padres del Concilio pasó á la abadía de San Remigio, donde el rey se hospedaba con el príncipe, que él tomó y condujo á la iglesia metropolitana: revestido allí con sus ornamentos mas solemnes, puesta la tiara, y acompañado el joven Luis de innumerable nobleza volvieron á la iglesia de Nuestra Señora, donde encontraron al rey, que los esperaba á la puerta con la multitud de señores y prelados. Se dice que en esta ocasion se vieron por primera vez los doce pares, y que el Papa Inocencio fué quien persuadió á Luis el Gordo el establecimiento de los seis pares eclesiásticos. Luego que entraron en la iglesia fué presentado el príncipe al altar, y el Papa, dice un autor de aquel tiempo, le consagró

con el aceite de que San Remigio habia usado para unguir al rey Clodoveo en el bautismo, y que habia recibido de mano de un ángel (1).

Al dia siguiente el santo arzobispo de Magdeburgo presentó al Papa cartas de Lotario, en que le daba aviso de que, en testimonio de su afecto al Pontífice legítimo, se preparaba á marchar con todas las fuerzas de su reino contra todos los cismáticos de Italia; por lo que Su Santidad pensó solo en dar fin al Concilio para seguir al rey de Germania, á quien Norberto debía tambien acompañar. En los cinco años que este santo arzobispo llevaba de tan grave cargo, habia sido puesta su virtud á todo género de pruebas. Cuando recibió el obispado encontró los negocios temporales de su iglesia en el mas deplorable y ruinoso estado, y le fué necesario poner remedio á un desórden que suponía otros muchos. Al efecto mandó notificar á los que poseian las tierras de la iglesia que fundasen su derecho en títulos legítimos ó que hiciesen una pronta restitution. Estos usurpadores, la mayor parte de ellos poderosos, y algunos parientes de arzobispos que habian sido conniventes con sus usurpaciones, se ofendieron en gran manera de tal órden, y principalmente, segun decian, del tono imperioso que tomaba un hombre sin tropas, sin armas, y, en fin, un miserable que habia llegado allí caballero sobre un asno. Creyeron que las injurias y amenazas les serian bastantes para defenderse, y que el prelado no osaría nunca llegar á la ejecucion. Mas él pronunció excomunion contra ellos; y como los que permanecian un año excomulgados eran notados de infamia sin poder obtener audiencia en los tribunales, abandonaron antes de este término una gran parte de las tierras usurpadas, pero concibieron un odio mortal contra el arzobispo.

(1) Chron. Maurin. V. Labbe, t. 10, p. 982.

Se atrajo tambien el resentimiento del clero, porque obligó á todos los que tenían los sagrados órdenes á guardar continencia ó á dejar sus beneficios. Procuraron desacreditarle con el pueblo: llenáronle de injurias, y atentaron muchas veces contra su vida. Mas la Providencia veló de un modo muy especial para la conservacion de la vida y aun del honor de un pastor tan útil á la Iglesia. No sirvió la calumnia sino para redoblar hácia él la estimacion y veneracion del rey Lotario. Quiso este príncipe absolutamente que Norberto le acompañase en su expedicion á Italia, y que hiciese en ella la función de eanciller por falta del arzobispo de Colonia que habia fallecido poco antes.

Por mas prisa que el Pontífice Inocencio tuviese de pasar á Italia, juzgó no deber abandonar la Francia sin dar á San Bernardo una muestra honrosa de su reconocimiento, visitando el monasterio de Claraval (1). No le convidaron allí como en otras abadías con regalos de caballos, mulas y ricos equipages; mas la sencillez en un todo evangélica, y la cordialidad religiosa con que le recibieron, lisongearon mucho mas á aquel virtuoso Pontífice. Salieron los monges á recibirle vestidos pobremente, llevando una cruz de madera, cuya hechura no era mas fina que la materia, y espresando en el tono mismo de sus cánticos la humilde compuncion de que estaban penetrados. Quedó atónita toda la corte pontificia al ver la santa gravedad y el aire celestial que respiraban, por decirlo así, todos aquellos ángeles mortales, y lágrimas de devocion corrieron abundantemente de los ojos de todos los prelados. Entretanto los monges que eran el objeto de tantas miradas, conservaban sin cesar sus ojos fijos en la tierra, sin que á ninguno de ellos le hiciese levantarlos un

(1) Vit. S. Bern. lib. 2, cap. 1.

motivo tan particular de escitar su curiosidad. Entrando los romanos en la iglesia y recorriendo la casa, hallaron en todas partes la imagen de la pobreza y lecciones mudas de todas las virtudes. En el refectorio, cuando trataron de comer, se sirvieron yerbas despreciables, legumbres mal sazoadas, con pan negro y algun pescado de los mas comunes para el Papa. Al ver esto los romanos, no volvían de su sorpresa y arrobamiento, sin dejar de comparar una vida tan pobre con la autoridad de aquel abad tan poderoso que hacia los Papas, aterraba á los príncipes soberbios, subyugaba los pueblos, y regia los concilios y los imperios. Mas nada les admiró tanto como el ver la violencia que fué necesario emplear para arrancarle de su claustro, y los esfuerzos reiterados en vano para imponerle la mitra. Habíase negado el año anterior á recibir el obispado de Génova, y en aquel año de 1151 el de Chalons, sin que se pudiese tranquilizar hasta que hizo poner en él á Geofredo, abad de San Medardo de Soissons.

Obligáronle no obstante esta vez á acompañar al Papa á Italia para ayudarle con sus consejos así como el santo arzobispo de Magdeburgo se vió precisado á seguir al rey Lotario (1152). Reuniéronse en Roncaglia en Lombardia, y desde allí el Pontífice se adelantó á Pisa, en donde encontró el fuego de la guerra vivamente encendido entre pisanos y genoveses, por lo que envió al punto á Génova al abad de Claraval para que tratase de restablecer la paz. Habia concedido Dios á Bernardo la gracia de vencer todos los obstáculos, y de hallar un feliz desenlace en las negociaciones mas desesperadas. Así nada se resistió á su elocuencia poderosa, ó mas bien al espíritu divino que hablaba por su boca, y que arrastró los ánimos despues de los corazones. Solo una contrariedad encontró en esta oca-

sion en las nuevas instancias que le hicieron para que aceptase el obispado de Génova, porque entonces le costó mas trabajo que la primera vez el negarse á aceptarlo. No obstante, el Papa halló mas fácil de satisfacer á los genoveses elevando su iglesia á la dignidad de arzobispado, que hacer consintiese Bernardo en ser hecho obispo. Y en efecto, para recompensar su docilidad, y establecer entre ellos y los pisanos una igualdad que cimentase la paz, Inocencio II confirió los derechos de metrópoli á la iglesia de Génova, como Urbano II los habia concedido á la de Pisa. Y porque la aplicacion que habia hecho Urbano de todos los obispados de la isla de Córcega á la metrópoli de Pisa, era el manantial de las contiendas y de la discordia entre estas dos ciudades poderosas, Inocencio tomó de la primera tres obispados de aquella isla, y los dió por sufragáneos al arzobispo de Génova. Concluido este negocio, siguió el Papa su camino hácia Roma; el rey Lotario le alcanzó á algunas millas de la ciudad, y entraron juntos en ella en 1.º de mayo, introducidos con mucho honor por el prefecto Thibaldo y muchos nobles romanos.

Observando el antipapa cuán mal aspecto tomaban sus negocios, se retiró al castillo de Sant-Angelo con la esperanza de que las tropas alemanas no sostendrían largo tiempo las incomodidades del clima, ni tardarian en volver á tomar segun su costumbre el camino de su pais. Para amortiguar su primer ardor, intentó Anacleto divertir al rey con palabras de paz y ofertas seductoras, hasta ofrecerle en seguridad rehenes y fortalezas (1). Empero pronto se persuadieron de que solo trataba de ganar tiempo, pues habiéndole tomado la palabra para evitar la efusion de sangre, fué retrasando de dia en dia la ejecucion de sus promesas.

(1) *Tom. 2 Spicil. pag. 480.*

Despues de mil inútiles advertencias, el rey con los señores de su corte le condenó como reo de lesa magestad divina y humana. Con este motivo escribió á todos los demas soberanos, á los obispos y á los fieles católicos, diciéndoles que él habia sido establecido por Dios para defender la Iglesia romana y hacer renacer en ella la paz; que cansado de la mala fé del antipapa, habia seguido, para condenarle, los consejos de Norberto de Magdeburgo, su canciller, y de Adalberon de Brema. Habiendo jurado el rey de Germania defender la Iglesia y conservar las tierras de la Santa Sede, Inocencio le coronó emperador en 4 de junio de 1153, no en la basílica de San Pedro que estaba entonces en poder de Anacleto, sino en la del Salvador en Letran. En 8 del mismo mes y á fin de aumentar el poder de Lotario para la defensa de la Iglesia, le confirió el Papa por un acta auténtica (1) el usufructo de los dominios legados á la Santa Sede por la condesa Matilde; pero con la obligacion de pagarle todos los años á él ó á sus sucesores cien libras de plata. En esta concesion de Inocencio se fundaron los romanos para sostener que el imperio era feudatario de la Santa Sede, al menos respecto de las tierras que habian pertenecido á Matilde. Durante este tiempo, el Antipapa desde las torres y alturas que ocupaba, no dejaba de incomodar con sus máquinas á las gentes de Lotario, sin permitir á los suyos arriesgarse en empeño alguno decisivo. Así aconteció lo mismo que él se habia pensado: esto es, que el emperador al cabo de siete semanas tuvo precision de abandonar á Roma, no solo sin haber echado de ella al Antipapa, sino tambien sin dejar un asilo fijo y seguro al Papa Inocencio que se vió obligado á volverse á Pisa.

San Norberto, que seguia al emperador,

(1) *Labb. t. 10, p. 646.*

no tardó en regresar á su rebaño, emprendiendo de nuevo con fervor las funciones acostumbradas de la vigilancia y de la caridad pastoral. Mas debilitado despues de tanto tiempo por las austeridades de la penitencia, y del todo estenuado en su último viaje por andar de continuo mudando de posicion y de modo de vivir, cayó, casi á su llegada, en una enfermedad que duró cuatro meses, y de la que murió en 6 de junio de 1154, de unos cincuenta y cuatro años de edad, despues de haber gobernado ocho años la iglesia de Magdeburgo. No le canonizaron hasta dos siglos despues de su muerte, efectuándolo el Papa Gregorio XIII; y el emperador Fernando II, receloso despues de que tan preciosas reliquias fuesen profanadas por el luteranismo que habia abrazado Magdeburgo, mandó trasladarlas á Praga, donde están en grande veneracion, y á donde en nuestros dias ha querido el último abad general de premostratenses fuese llevado su corazon (1).

Tambien San Bernardo abandonó la Italia; mas no pudo gozar tan pronto de las dulzuras de la soledad, por las que suspiraba sin cesar. Conrado de Franconia, sobrino del emperador Enrique V, se habia hecho coronar rey (1128), y ocasionaba turbulencias que retardaban la estincion del cisma; y el santo abad tuvo tambien el encargo de negociar esta paz, que en efecto se concluyó por su mediacion. La gloria de este feliz suceso le atrajo nuevos obstáculos. La ciudad de Milan se habia hecho del partido de Conrado y comprometido igualmente en el cisma de Anacleto; y el Papa Inocencio para remediar tantos males convocó un Concilio en Pisa, al que llamaron á Bernardo inmediatamente, siéndole preciso emprender de nuevo el viaje á Italia. Parecia

(1) *Annuaire biographique (1830-1834), t. 2, p. 102, art. L'Ecuy.*

que nada se podia hacer sin él en toda la estension de la Iglesia, y que el Sumo Pontífice habia depositado toda su autoridad en manos de aquel hombre que no poseia cosa alguna del mundo, y que no aspiraba á mas que á ser olvidado. Se le hacia asistir á todas las deliberaciones y á todos los juicios, y se le encargaban todas las comisiones de confianza. Se veia á los doctores y á los obispos esperar á su puerta, por mas cuidado que tuviese el santo solitario de hacerse accesible; pero estaba agoviado con el peso de los negocios y por la multitud de los que iban á tratar con él. La pena mayor para su sencilla modestia era verse reducido á parecer aceptar y hacer el papel que ordinariamente es propio del fausto y la opulencia.

Se vió obligado á ir hasta Milan, donde se habian formado las mas lisongeras esperanzas á vista del buen éxito de su mediacion entre Conrado y Lotario. Desde Pisa escribió cartas llenas de pruebas de benevolencia, pero esto no sirvió mas que para aumentar el deseo que tenian de verle allá en persona; y así, despues del Concilio le envió el Papa los cardenales Guido de Pisa y Mateo de Albano. En presencia de estos dos ilustres prelados, de los cuales el segundo era un santo que en esta legacion acabó de agotar sus fuerzas con las austeridades añadidas á sus grandes trabajos, todos los homenajes fueron hechos á Bernardo, decorado solo con su virtud y que jamás tuvo tanto que sufrir por ello. Los milaneses salieron á recibirle en tropas numerosas hasta siete millas de distancia: le besaban los pies por mas que hacia para impedirlo; le arrancaban el pelo de sus vestidos como reliquias; se apiñaban delante y detrás de él haciendo vivas aclamaciones, y así le condujeron hasta su habitacion. Cuando llegó el caso de tratar el negocio que le llevaba, que era la re-

conciliación de los milaneses con la Iglesia, á la primera propuesta que hizo, toda la ciudad se sometió con la mas perfecta unanimidad, y no hubo mas empeño que el que formaron entre sí sobre quién habia de ser el primero á dar pruebas efectivas de su docilidad.

Los milaneses pidieron humildemente que se volviese á su ciudad la dignidad de metrópoli que el Papa Inocencio les habia quitado en castigo de su cisma. Se les prometió hacer empeño para ello con el Padre Santo, quien efectivamente se lo concedió, con lo cual la confianza en el santo abad no tuvo ya límites: se le miraba como el depositario del poder divino igualmente que del humano, y así se le suplicó que libertase á una muger que le presentaron poseida del demonio siete años habia, y conocida de todos. El santo se halló en una estraña perplejidad. Por una parte estaba confundido con la grande opinion que se tenia de él, y por otra temia engañar la confianza de aquel buen pueblo que le manifestaba todas las disposiciones á que el Todopoderoso ha prometido subordinar las leyes mismas de la naturaleza. Por último, se abandonó al Espíritu Santo, oró por la muger y quedó inmediatamente curada (1). Los asistentes trasportados de júbilo levantaron las manos al cielo, é hicieron resonar sus acciones de gracias; y habiéndose estendido la voz por la ciudad, y bien pronto por el campo, todo el pais se puso en movimiento: se juntaban de todas partes; corrian de las aldeas y ciudades inmediatas; no se hablaba sino del hombre de Dios, ni se hartaban de verle y oírle, apinándose para recibir su bendición, ó á lo menos para tocar las estremidades de su vestido. La concurrencia del pueblo á su puerta era tan prodigiosa desde la mañana hasta la noche, que no pudiendo re-

(1) Vit. lib. 2, cap. 2, num. 10.

sistir á ella la debilidad de su cuerpo, le fué preciso mantenerse en su ventana para manifestarse y darles la bendición. Le llevaron una multitud de energúmenos y enfermos de toda especie, atormentados de fiebres ardientes, paráliticos y ciegos, y en presencia de una infinidad de testigos los curó á todos tocándolos ó haciendo sobre ellos la señal de la cruz (1).

En medio de tantas maravillas y aplausos, Bernardo, lejos de envanecerse, se confundia de tener menos fé que aquel pueblo que era á quien él atribuía el mérito de los beneficios celestiales, no reputándose él mas que por un instrumento despreciable; y así es como juzgó de sí mismo cuando los milaneses reconocidos llegaron á ofrecerle la Silla episcopal de su ciudad, suplicándole con lágrimas en los ojos que añadiese al título justo de padre suyo el de pastor. Las instancias mas urgentes y mas reiteradas no pudieron jamás vencer una resistencia fundada en el sentimiento de su propia indignidad, y así les hizo elegir para aquella gran Silla á Ribaldo, de quien solo Bernardo creía era mucho mas merecedor de ella que él mismo. El santo abad de Claraval entre otras conversiones empeñó tanto á los milaneses á abrazar la perfección evangélica, que para satisfacerles tuvo precisión de fundar en la inmediación un monasterio de su orden que llamó Caravalle. Desde Milan pasó por orden del Papa á Pavía y á Cremona, á fin de pacificar toda la Lombardia; pero las victorias sin mezclas de amargura no son el patrimonio de los amigos de Dios, y así permitió que los cremoneses fuesen indóciles á todas las instancias de su siervo.

Después de esto se apresuró á tomar el camino de Francia, y fué á reunirse á sus queridos hijos de Claraval, donde tuvo el consuelo de no hallar nada que reprender

(1) Vit. lib. 2, cap. 2, num. 18.

después de tantas ausencias, ni una contienda que terminar, ni una queja que recibir, ni el menor abuso que reformar ó castigar. Pero apenas habia estado un año entre ellos, se le sacó de nuevo, no obstante lo embarazado que se hallaba para la reedificación de su monasterio, que no bastaba ya para la multitud de los que á él acudian para consagrarse á Dios. Geofredo, obispo de Chartres, nombrado para la legación de Aquitania, pidió y obtuvo que le acompañase el santo abad para trabajar con él en la reducción de los cismáticos que desolaban todavía aquella provincia.

Guillermo IX, duque de Aquitania y conde de Poitiers, arrastrado al cisma por Gerardo de Angulema, era el único y digno apoyo de él al otro lado de los Alpes: príncipe violento y disoluto, sin decencia en la conducta, y acaso menos en sus palabras, se divertía comunmente á espensas de la Religión; porque á los vicios groseros juntaba la manía de censurar y los excesos de un bufon malvado: así, habiendo hecho construir una casa en que habia muchas pequeñas habitaciones semejantes á las celdas monásticas, como se le preguntase la razón de un género de construcción entonces tan rara, respondió que pretendía fundar una abadía de mugeres de fácil acceso, y dispuso muchas damas que destinaba, según decía, á ejercer allí los principales oficios. Aunque contrajo un matrimonio muy conveniente, y muy de su gusto durante un corto tiempo, despidió á su muger sin formalidad alguna, para casarse con otra que le gustaba mas. El obispo de Poitiers, donde él residía, que era entonces un santo prelado llamado Pedro, no pudo disimular tan grande escándalo; y después de haber hecho uso de todos los medios, creyó deber excomulgar al duque. Empezaba á pronunciar el anatema, cuando Guillermo se arrojó furioso sobre él con la espada en la mano,

diciéndole: *Eres muerto si te atreves á proseguir*. El santo obispo fingiendo tener miedo, le pidió un momento para pensar lo que fuera mas conveniente: el duque se lo concedió, y el obispo acabó con valor el resto de la fórmula de excomunión; después de lo cual alargando el cuello: *Herid ahora*, le dijo; *pronto me teneis*. El asombro que esta intrepidez causó al duque desarmó su furor; y pasando á la ironía, le dijo: *No te amo lo bastante para enviarte al cielo*: y se contentó con desterrarle (1).

Asegurado de la protección de este príncipe, Gerardo de Angulema empleaba toda suerte de violencias para sostener el cisma. Poco contento con haber invadido la Silla metropolitana de Burdeos sin dejar la suya, echó también de sus Sillas al obispo de Poitiers y al de Limoges, y de su monasterio al abad de San Juan de Angely; pero como los obispos de la provincia permanecieron constantes en la unidad, no pudo hacer consagrar sus intrusos. La resistencia de aquellos prelados le causó tanto despecho, que no pensó sino en hacerlos odiosos al duque. A fuerza de indignidades y vejaciones se les puso en la precisión igualmente que á sus canónigos de abandonar sus casas y desterrarse á sí mismos.

Tales eran las circunstancias y el estado del cisma, cuando San Bernardo puso manos á la obra para extinguirle. Había ya escrito al duque de Aquitania (2) en nombre de Hugo, duque de Borgoña, pariente suyo, todo cuanto podía decirse de mas enérgico contra las facciones cismáticas, y para imprimir en él el terror de los juicios de Dios sobre los príncipes que hacen servir para la perdición de los pueblos el poder que Dios les ha confiado principalmente para contenerlos en los caminos de la salvación. Tam-

(1) Guillelm. Malmesb. de gest. Henrici. Lib. 5. 11

(2) Epist. 127.